

Si tenemos en cuenta la ya comentada proximidad que en ese momento se daba entre «mito» e «historia», no resulta extraño comprender la rapidez con la que en este viaje nació el mito amazónico. Sigamos, pues, con el relato del fraile dominico:

El Capitán le preguntó (al indio capturado en Trombetas) qué mujeres eran aquellas (que) habían venido a ayudar y darnos guerra: el indio dijo que eran unas mujeres que residían la tierra adentro siete jornadas de la costa, y por ser este señor Couynuco sujeto a ellas, habían venido a guardar la costa. El Capitán le preguntó si estas mujeres eran casadas: el indio dijo que no. El Capitán le preguntó que de qué manera viven: el indio respondió que, como dicho tiene, estaban la tierra adentro, y que él había estado muchas veces allá y había visto su trato y vivienda, que como su vasallo iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El Capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja: el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puestos guardas porque no pueda entrar nadie sin que pague sus derechos. El Capitán le preguntó si estas mujeres parían: el indio dijo que sí. El Capitán le dijo que cómo no siendo casadas, ni residía hombre entre ellas, se empañaban: él dijo que estas indias participan con indios en tiempos y cuando les viene aquella gana juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a un muy gran señor que reside y tiene su tierra junto a la destas mujeres y por fuerza los traen a sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja, y después que se hallan preñadas les tornan a enviar a su tierra sin les hacer otro mal; y después, cuando viene el tiempo que han de parir, que si paren hijo, le matan y envían a sus padres, y si hija, la crían con muy gran solemnidad y la imponen en las cosas de la guerra³⁷.

Todas estas declaraciones tan prolijamente recogidas resulta difícil creer que fuesen inventadas por el padre Carvajal. Cabe, por tanto, preguntarse, ¿eran simples embustes del indio interrogado, quien intentaba así despertar la curiosidad en las fuerzas expedicionarias con objeto de que por buscar la tierra de las amazonas se adentrasen en la selva, con los consiguientes riesgos? ¿También se inventaría el indio los setenta nombres de pueblos que cita?

Existe, claro está, la posibilidad de que Orellana, pese a sus cualidades como conecedor de lenguas indígenas, no entendiese bien las declaraciones de su interlocutor y entonces las supliere con lo que él imaginaba debido a los mitos que previamente conocía. No obstante, suponiendo que así fuera, no deja de llamarnos la atención la minuciosidad de las informaciones, así como la coherente relación de todo lo narrado.

Por si fuese poco lo ya mencionado sobre las amazonas, a ello le añadirán elementos procedentes del mito del Dorado y surgirán inevitablemente las evocaciones de templos con ídolos de oro, lujosos edificios, riqueza de joyas preciosas, etc., que se completarán con los informes de lo que están viendo en ese momento y que no dejan de ser datos de incalculable valor para el antropólogo y el historiador actuales. Así, siguiendo la costumbre mantenida desde los primeros cronistas, nos hablarán del modo de vestir, de los animales de que se sirven, de sus estructuras sociales, etc.

Tal inquietud por la cultura prehispánica la hallamos no sólo en los misioneros, sino en simples soldados, como es el caso del capitán Orellana, hombres que, por otro lado, tampoco poseían especial instrucción. Sin embargo, con su actitud, revelan verdadero interés por el conocimiento y la comprensión del mundo americano.

³⁷ Carvajal: Op. Cit., págs. 85-86.

Así pues, leemos en la *Relación* del padre Carvajal:

y andan vestidos de ropa de lana muy fina, porque en esta tierra hay muchas ovejas de las del Perú: su traje es unas mantas ceñidas desde los pechos hasta abajo, encima echadas y otras como manto abrochadas por delante con muchos cordones; traen el cabello tendido en su tierra y puestas en la cabeza unas coronas de oro tan anchas como dos dedos y aquellos sus colores. Dijo más: que en esta tierra, según entendimos, hay camellos que los cargan (debe referirse a las llamas), y dice que hay otros animales, los cuales no supimos entender, que son del tamaño de un caballo y que tienen el pelo de un gemo y la pata hendida y que los tienen atados, y que destos hay pocos (posible referencia al tapir, o *Tapirus Americanus*) (...) y todo lo que este indio dijo y más nos habían dicho a nosotros a seis leguas de Quito, porque destas mujeres había allí muy gran noticia, y por las ver vienen muchos indios el río abajo mil y cuatrocientas leguas; y así nos decían arriba los indios que el que hubiese de bajar a la tierra de estas mujeres había de ir muchacho y volver viejo³⁸.

Estas últimas palabras, que repetirá Pedro de Ursúa cuando años más tarde recorra el mismo itinerario, parecen ratificar el hecho de que se trataba de ideas divulgadas en el Perú:

y un día, tratando negocios de jornada, dijo (el Gobernador): «Entendido he que algunos soldados del campo dicen que no hay que buscar más en esta jornada y que sería bueno volver al Perú. Nadie se canse, ni trate de ello, porque ahora comenzaremos, y les hago saber que los que ahora son muchachos han de envejecer buscando y descubriendo la tierra, sin salir de ella»³⁹.

Pero volvamos a los episodios maravillosos del viaje de Orellana, entre los cuales no podía faltar la consideración mágica del canto de ciertas aves:

Aquí se avisó de una cosa no de poco espanto y adivinación a los que la vimos, y fue que a hora de vísperas se puso sobre un árbol debajo del cual estábamos aposentados un pájaro del cual nunca oímos más del canto, que a muy poca gran priesa hacia, y distintamente decía hui, y esto dijo tres veces dándose muy gran priesa. También sé decir que este mismo pájaro u otro oímos en nuestra compañía desde el primer pueblo donde hicimos los clavos, y era tan cierto, que notando que estábamos cerca de poblado, al cuarto del alba nos lo decía desta manera: hui, y esto muchas veces: quiere decir que era tan cierta esta ave en su canto que lo teníamos ya por tan cierto como que lo viéramos, y así era que cuando se oían, nuestros compañeros se alegraban, y en especial si había falta de comida, y se aparejaban a ir todos a punto de guerra. Aquí nos dejó esta ave, que nunca la oímos más⁴⁰.

Si de antigua podemos calificar la tradición literaria que confiere expresiones mágicas a ciertas aves (recordemos la corneja del *Poema de Mio Cid*; el ruiseñor, cómplice con su canto de las citas nocturnas de los enamorados; la odiada alondra que al anunciar el alba ponía fin a la reunión de los amantes; la hasta la muerte fiel tortolica del *Romancero*...) ¿cómo no iba a prolongarse en un mundo, como el americano, de tan rica y llamativa avifauna?

Determinados fenómenos naturales no pueden por menos también de ser considerados como fantásticos, tal es lo que ocurre con el flujo y reflujo de la marea sobre el Amazonas, perceptible incluso a unos mil kilómetros del mar⁴¹, debido tanto a lo

³⁸ Carvajal: Op. Cit., pág. 87.

³⁹ Ortiguera: Op. Cit., pág. 251.

⁴⁰ Carvajal: Op. Cit., págs. 89-90.

⁴¹ Rafael Díaz: Nota 139 a Carvajal, Op. Cit.

acusado de la marea en la costa, como a la condición llana del suelo por donde discurre el último tramo del río.

Aquí conocimos que estábamos no muy lejos de la mar, porque llegaba la repunta de la marea, de lo que no nos alegramos poco en saber que ya no podíamos dejar de llegar a la mar⁴².

La alegría que rezuman estas palabras del dominico se debe a una doble causa, ya que si, por un lado, se anuncia el fin de los peligros de extravíos, por otro no podemos olvidar que el objetivo que se propuso Orellana al separarse de Gonzalo Pizarro era el descubrimiento de una ruta que permitiese el acceso al Perú desde el Atlántico. Así pues, la proximidad del mar suponía el éxito de la expedición.

Sin embargo, la marea era tan fuerte en ocasiones, que los arrastraba río arriba, haciéndoles desandar parte de lo que ya se había recorrido, por lo que la llegada al mar, aunque anunciada, se presentaba como algo, no solamente distante, sino casi inalcanzable.

Al Mar del Norte debieron salir, en opinión de León Pinelo⁴³, por la boca de Pa-xacará y el Canal Perigoso, entre las islas denominadas actualmente Caviana y Mexiana. Sin embargo, este aparente triunfo no hacía sino plantear nuevos problemas, ya que, aparte de no ser marineros, los expedicionarios no contaban con los mínimos medios necesarios para la navegación atlántica:

y de esta manera nos pusimos a cuenta de navegar por la mar por donde la aventura nos guiase y echase, porque nosotros no teníamos piloto, ni aguja, ni carta de navegar, ni sabíamos por qué parte o a qué cabo habíamos de echar. Por todas estas cosas suplió nuestro maestro y redentor Jesucristo, al cual teníamos por verdadero piloto y guía, confiando en su Sacratísima Majestad que El nos acarreará y llevara a tierra de cristianos⁴⁴.

No podemos dejar de recordar también otro hecho verdaderamente «maravilloso» de esta expedición. Me refiero a las noticias que sobre la existencia de «cristianos» tierra adentro les facilita una india cautivada en las proximidades del río Madeira. Carvajal los supone sobrevivientes de los que se perdieron con Diego de Ordás, quien, después de haber participado en la conquista de México a las órdenes de Cortés se extravió con trescientos españoles que en 1531 habían salido con él de Sevilla para Tierra Firme, aunque se llegaron a adentrar por el Orinoco:

Tomóse en este pueblo una india de mucha razón, y dijo que cerca de aquí y la tierra adentro estaban muchos cristianos como nosotros y los tenía un señor que los había traído río abajo; y nos dijo cómo entre ellos había dos mujeres blancas, y que otros tenían indias y hijos con ellas: éstos son los que se perdieron de Diego de Ordás, a lo que se cree, por las señas que daban, que era a la banda del norte⁴⁵.

Cuando llegaron al mar habían recorrido, según sus cálculos, 1.800 leguas, distancia que con una equivalencia de 6,2 Km. por legua arrojaría un total de 11.160 Km., cantidad errada por exceso. En cualquier caso, superaron los 8.000 Km. Y, desde la desembocadura, aún habían de navegar dieciséis días más hasta llegar a la isla de Cubagua,

⁴² Carvajal: Op. Cit., pág. 90.

⁴³ Rafael Díaz: Nota 155 a Carvajal, Op. Cit.

⁴⁴ Carvajal: Op. Cit., pág. 96.

⁴⁵ Carvajal: Op. Cit., pág. 77.

donde Orellana se decidiría a continuar rumbo a España para informar de su descubrimiento, de cuya trascendencia no albergaba la menor duda.

La muerte, a su regreso a América, le impediría disfrutar de las mercedes otorgadas en el Nuevo Mundo.

Juan José Amate Blanco

